

podía realizar el trabajo diario. Mas apenas se le anunciaba la muerte del enfermo, recobraba su calma y tomaba un aire de firme tranquilidad, casi de indiferencia. La razón era que consideraba la vida en general, y, por consiguiente, esa particular afección de la vida que llamamos enfermedad, como un estado de oscilación y de cambio perpetuo, entre el cual y el flotar de las simpatías de la esperanza y del temor había una relación natural que la razón justificaba, al paso que la muerte, estado permanente que no admite más ni menos, que termina toda ansiedad y para siempre extingue las agitaciones de la inquietud, no le parecía adaptado á otro estado de ánimo que una disposición de la misma naturaleza, durable é inmutable. No obstante, todo su heroísmo filosófico cedió en una ocasión; porque muchas personas se acordarán del tumulto de dolor que manifestó ante la muerte de Ehrenboth, joven de rara inteligencia y extraordinariamente dotado, por quien sentía el mayor afecto; y sucedió naturalmente, en una vida tan larga como la suya, á pesar de la previsorá regla que le llevó á elegir camaradas todo lo jóvenes que fuese posible, que hubo de sufrir el duelo de muchas pérdidas queridas, imposibles de reemplazar.

III

SUS HORAS

Volvamos ahora al empleo de sus días. Inmediatamente después de comer, Kant salía para hacer ejercicio; pero entonces no llevaba compañía, primeramente, porque juzgaba quizá bueno, después de la laxitud de la conversación con sus invitados, proseguir sus meditaciones, y en segundo lugar, á lo que me parece, por la razón especial de que él deseaba respirar por las narices, cosa que no habría podido hacer si se hubiese visto obligado á abrir continuamente la boca al hablar. La razón de este deseo era que el aire atmosférico así asimilado y llegando á los pulmones menos rudo y á una temperatura algo más elevada, debía ser menos apto para irritarlos. Por una estricta perseverancia de esta práctica, que recomendaba constantemente á sus

amigos, se lisonjeaba de una larga inmunidad de romadizos, ronqueras, catarros y todo género de incomodidades pulmonares, y el hecho es que le atacaban rara vez estas desagradables indisposiciones. Y yo mismo hallé, siguiendo esta regla solamente por ocasión, que mi pecho se hacía más resistente.

A su regreso del paseo sentábase junto á su mesa de trabajo y leía hasta el crepúsculo. Durante este período de luz dudosa, tan amiga del pensamiento, permanecía en tranquila meditación sobre lo que acababa de leer, siempre que el libro mereciese la pena. Cuando no, formaba el plan de su lección para el día siguiente ó de alguna parte de la obra que tuviese á la sazón en cartera. Durante este estado de reflexión colocábase en invierno cerca de la estufa, mirando por la ventana la vieja torre de Loebenicht: no que pudiera decirse propiamente que la veía, pero, la torre gravitaba sobre su ojo al modo de una música lejana sobre el oído, obscuramente, como en semiconsciencia. No hay palabras bastante enérgicas para expresar el sentimiento de reconocimiento que experimentaba por el placer que le producía aquella vieja torre, cuando al crepúsculo la miraba así,

en tan soñadora calma. Lo que sigue demuestra verdaderamente hasta qué punto llegó á ser importante en su vida. Porque ocurrió que en el jardín vecino se elevaron algunos álamos lo bastante para ocultar la vista de aquella torre. Lo cual turbó é inquietó tanto á Kant, que se reconoció positiva y materialmente incapaz de continuar sus vespertinas reflexiones. Por fortuna, el propietario del jardín era una persona muy considerada y obsequiosa, y habiéndosele hablado del caso, dió orden de que los álamos se cortasen inmediatamente. Así se hizo: la torre de Loebenicht se descubrió de nuevo, Kant recuperó su ecuanimidad, y pudo de nuevo proseguir sus tranquilas meditaciones crepusculares.

Una vez encendidas las luces, Kant continuaba trabajando hasta cerca de las diez. Un cuarto de hora antes de acostarse retiraba cuanto podía su espíritu de toda clase de reflexión que exigiese algún esfuerzo ó energía de atención, á fin de que sus pensamientos, por excitación ó estímulo, no llegasen á causarle insomnio: á la hora habitual de adormecerse le era de todo punto desagradable la contrariedad más mínima. Felizmente, este accidente muy pocas veces le sobrevenía; desnudábase sin la ayuda

de su criado, pero con tal orden y tal respeto del *decorum*, que estaba presto en un segundo á aparecer ante cualquiera en conveniente estado. Una vez desnudo, se tendía sobre el colchón, cubriéndose con una colcha que era siempre de algodón, excepto en Otoño, que lo era de lana. A la entrada del Invierno se servía de dos, y contra los fríos muy rudos se protegía con un plumazón guarnizado, ó más bien acolchado de lana por la parte que le abrigaba la espalda. Una larga práctica le había enseñado un modo muy hábil de *anidarse* y enrollarse en las mantas. Por lo pronto se sentaba en el borde del lecho; en seguida, con un movimiento ágil, se lanzaba oblicuamente á su lugar; después echaba la mitad de la manta sobre su espalda izquierda, y haciéndola pasar á través del lomo, la llevaba hasta su espalda derecha; luego operaba sobre la otra mitad de la misma manera, y finalmente, llegaba á enrollarlo todo alrededor de su persona. Así, vendado como una momia, ó, como yo le decía á menudo, enrollado como el gusano de seda en su capullo, esperaba el sueño, que de ordinario sobrevénia inmediatamente. Porque la salud de Kant era excelente, y no era solamente la salud negativa ó la ausencia de dolor, ni

de irritación ó malestar (que aun no siendo cosas dolorosas son á veces peores de soportar que el dolor), sino que era una sensación de placer y una posesión consciente de todas sus actividades vitales. He aquí por qué, una vez empaquetado por la noche en la forma que he descrito, solía exclamar para él solo, según nos contaba al comer: «¿Es posible concebir un sér humano que goce de una salud más perfecta que yo?» Tal era la pureza de su vida y su feliz condición, que ninguna pasión turbadora se elevó en él nunca para excitarle, ningún cuidado para fatigarle, ninguna pena para desvelarle. Aun en el invierno más rudo, su cámara de dormir nunca tuvo fuego, y únicamente en sus últimos años y cediendo á las súplicas de sus amigos, consintió que se encendiese uno muy pequeño. La buena vida y la preocupación indumentárica no eran por cierto las obsesiones de Kant. Cinco minutos de temperatura rigurosa le bastaban para soportar el primer escalofrío del lecho por la difusión de un calor general en todo su organismo. Si le precisaba abandonar la alcoba durante la noche (hay que advertir que la alcoba estaba siempre sombría y cerrada, noche y día, Estío é Invierno), se guiaba por medio de una cuerda

atada al pie de su cama todas las noches y que conducía á una cámara próxima.

Kant no transpiraba jamás, ni por el día, ni por la noche. Sin embargo, el calor que habitualmente soportaba en su gabinete de trabajo era sorprendente, y de hecho se sentía mal si faltaba un grado á este calor. Setenta y cinco grados Fahrenheit era la temperatura invariable de esa cámara en que vivía habitualmente, y si descendía de este punto, cualquiera que fuese la estación del año, la elevaba artificialmente á la altura habitual. En los calores del estío iba vestido con trajes ligeros é invariablemente de bata de seda. Sin embargo, como estos mismos trajes no bastaban siempre para asegurarle contra la transpiración, se ocupaba en algún ejercicio activo y tenía un singular remedio en reserva. Retirábase á un paraje sombreado y permanecía inmóvil, con el aire y la actitud de una persona que escucha ó que espera, hasta que recobraba su acostumbrada *avidez*. Aun en las noches de Verano más sofocantes, si la más ligera señal de transpiración aparecía en sus vestidos de noche, hablaba del caso con énfasis, como de un accidente que le había chocado en grado superlativo.

Y puesto que nos hallamos en disposi-

ción de exponer las nociones que tenía Kant sobre la economía animal, no será mal añadir otro detalle, y es que, por temor de detener la circulación de la sangre, nunca usó ligas. Sin embargo, como era difícil sostener tirantes las medias sin su ayuda, inventó para su uso un aparato extremadamente elaborado que voy á describir. En una pequeña bolsa, algo más pequeña que una bolsa de reloj, pero que ocupaba exactamente el mismo lugar que una bolsa de reloj, por encima de cada muslo, estaba colocada una pequeña caja, muy semejante á una caja de reloj, pero de menor tamaño. En esta caja habíase introducido un resorte de reloj de rueda en espiral, y en torno á esta espiral habíase colocado una cuerda elástica cuya fuerza se regulaba por un especial mecanismo. A los dos extremos de esta cuerda estaban unidos dos broches, que pasaban á través de una pequeña abertura de las bolsas, descendían á lo largo de los lados interno y externo del muslo é iban á anudarse en dos ojetes colocados en la parte exterior é interior de las medias. Ya se comprenderá que maquinaria tan complicada hallábase sometida, como el sistema celeste de Ptolomeo, á trastornos ocasionales. Por fortuna, era yo muy capaz

entonces para remediar fácilmente estos desórdenes, que de otro modo hubieran amenazado la comodidad y aun la serenidad del grande hombre.

A las cinco menos cinco minutos, con matemática precisión, y lo mismo en invierno que en verano, Lampe, el ayuda de cámara de Kant, que había servido en el ejército, avanzaba hacia el aposento de su amo con el paso de un centinela en facción, y gritaba en voz alta, en tono militar: «Señor profesor, es la hora.» Esta orden Kant la obedecía invariablemente sin un instante de demora, como un soldado á la voz de mando, no dándose el caso de que se le haya tenido que repetir, ni aun en noches de insomnio. A las cinco en punto Kant se dirigía á la mesa, ya servida, y tomaba lo que llamaba (y sin duda lo creía) *una* taza de té, pero en realidad, distraídamente y para aumentar el calor de su estómago, llenaba su taza tantas veces, que en general se supone que bebía dos, tres ó un número mayor. Inmediatamente después fumaba una pipa de tabaco, única que se permitía en todo el día, pero tan rápidamente que quedaba sin consumir toda una parte de aquél. Durante esta operación pensaba en el plan del día, como lo había hecho por

la tarde antes del crepúsculo. Hacia las siete iba de ordinario al anfiteatro á dar su lección, y de allí regresaba á su mesa de trabajo. A mediodía y tres cuartos precisos se levantaba del sillón y gritaba á la cocinera: «Han dado las doce y tres cuartos.» El sentido de esta orden era el siguiente: á comer, é inmediatamente después de la sopa tenía la costumbre invariable de tomar lo que llamaba un tónico, que se componía, ya de vino de Hungría ó del Rhin, ya de un cordial, ó, en su defecto, de la mixtura inglesa, por nombre *bishop*. La cocinera, á la proclamación de «mediodía y tres cuartos», traía un frasco ó redoma de ese brebaje; Kant se dirigía al comedor, lo probaba, dejábalo preparado, de ordinario cubierto con un papel para prevenir la evaporación, y volvíase á su gabinete, donde esperaba la llegada de sus invitados, á quienes hasta el último período de su vida no recibió nunca sino de etiqueta.

Con esto retornamos á sus comidas, y el lector tiene un cuadro exacto del modo como Kant empleaba el día, según la sucesión habitual de sus cambios. Para él, la monotonía de esta sucesión no era fatigosa y probablemente contribuyó, con la uniformidad de su régimen y otros hábitos de

la misma regularidad, á prolongar su vida. No es de extrañar, á la verdad, que hubiese llegado á considerar su salud y la avanzada edad que alcanzó como resultado, en gran parte, de sus propios esfuerzos. Muy á menudo se comparaba á un gimnasta que durante ochenta años había podido guardar el equilibrio en la cuerda floja de la vida, sin inclinarse nunca á derecha ni á izquierda, y realmente, á pesar de todas las enfermedades á que le tenían expuesto las tendencias de su constitución, aún conservaba triunfalmente á esa edad su posición en la vida.

Esta atención ansiosa por su salud explica el gran interés con que seguía todos los grandes descubrimientos ó las nuevas teorías inventadas para justificar las antiguas. Como obra considerable sobre ambos extremos y de un valor intrínseco consideraba la teoría del médico escocés Brown ó, según el nombre latino de su autor, la teoría brunoniana. Apenas Weikard la había adoptado y popularizado en Alemania, cuando ya Kant la conocía familiar y detalladamente, estimándola, no sólo como un gran paso dado en medicina, sino hasta en el interés general de la humanidad, é imaginando que veía en ella

algo análogo al proceso que la naturaleza humana ha seguido en cuestiones aún más importantes, conviene á saber: primero, una ascensión continua hacia lo más complejo, y luego un retorno por los mismos grados de ascensión hacia lo simple y elemental. Los ensayos del doctor Beddoes para producir artificialmente y para curar la tisis pulmonar y el método de Reich contra las fiebres causaron en él una impresión poderosa que, no obstante, se desvaneció á medida que esas novedades, particularmente la última, comenzaron á perder su crédito. En cuanto al descubrimiento que hizo el doctor Jenner de la vacuna, encontró á Kant dispuesto menos favorablemente, pues temía consecuencias peligrosas que seguirían á la absorción de un miasma brutal por la sangre humana ó al menos por la linfa. Y en todo caso, pensaba que semejante método, en cuanto garantía contra la infección variolosa, exigía un tiempo muy largo de prueba y contraprueba. Por erróneos que fuesen todos estos puntos de vista, experimentábase infinito placer en escuchar la fertilidad de argumentos y de analogías que aportaba para sostenerlos. Uno de los asuntos que le ocuparon hacia el fin de su vida fué la teoría y los fenó-

menos del galvanismo, de los que, sin embargo, no se llegó nunca á dar cuenta de una manera satisfactoria. El libro de Augustín sobre este tema fué, sin duda, el último que leyó: un ejemplar lleva todavía en el margen las notas que en él acotó con lápiz Kant sobre sus dudas, sus interrogaciones y sus sugerencias.

IV

DECADENCIA CEREBRAL DEL FILÓSOFO

Las enfermedades de la vejez comenzaron ya á afectar á Kant y se manifestaron en varias formas. Aunque su memoria fuese prodigiosa para todo lo que tenía alcance intelectual, desde su juventud había sufrido de una extraña debilidad de esta facultad en lo que concernía á los asuntos comunes de la vida diaria. De ello existen numerosos ejemplos, que se remontan al período de sus años de infancia. Y ahora que su segunda infancia iba á comenzar, esa enfermedad acreció en él muy sensiblemente. Uno de los primeros signos de esto fué que se puso á repetir en el mismo día las mismas historias. La decadencia de su memoria presentóse tan palpable que no pudo escapar á su atención, y á fin de remediarla y garantizarse contra todo temor

de causar enojo á sus invitados, dedicóse á escribir un *syllabus* ó lista de asuntos de conversación para cada día, en tarjetas de visita, sobres de cartas, trozos variados de papel. Pero estos *memoranda* se acumulaban tan rápidamente, se perdían tan fácilmente, ó eran tan difíciles de encontrar en el momento oportuno, que yo le persuadí á que les reemplazase por un *carnet* que existe todavía y en el que se encuentran conmovedores recuerdos sobre la conciencia que tenía de su propia debilidad. Fuera de lo que (como sucede á menudo en casos semejantes) conservaba una memoria perfecta de los antiguos acontecimientos de su vida y podía recitar, por simple requerimiento, largos pasajes de poemas alemanes ó latinos, especialmente de la *Eneida*, contrastando este hecho con la rapidez con que huían de su retentiva las palabras que acababa de proferir. El pasado se diseñaba con la nitidez y la vivacidad de una existencia inmediata, en tanto que el presente se evaporaba en las tinieblas de una distancia infinita.

Otro signo de decadencia mental fué la debilidad de que empezó á ser aquejada su facultad de teorización. Daba cuenta de todo por la electricidad. En esta época se

presentó una singular mortalidad en los gatos de Viena, de Basilea, de Copenhague y otras ciudades muy alejadas las unas de las otras. Y como el gato es un animal eléctrico, atribuyó, naturalmente, esta epidemia á la electricidad. Durante el mismo período se persuadió de que predominaba una configuración especial en las nubes, lo que le pareció ser una prueba colateral de su hipótesis eléctrica. Sus malestares de cabeza, que con gran probabilidad eran causados indirectamente por su vejez y directamente por la incapacidad de reflexionar con tanta facilidad y nitidez como antes, le pareció que debían ser explicados por el mismo principio, y esto era una noción respecto á la cual sus amigos no se apresuraban á desengañarle en absoluto, pues así como la misma naturaleza de estación, y por consiguiente, sin duda, la misma distribución general de poder eléctrico puede á veces predominar durante ciclos completos de años, la entrada que iba á hacer en nuevo ciclo parecía deber presentarle alguna esperanza de alivio. Una ilusión que podía prometer la esperanza era lo mejor para reemplazar á un remedio positivo, y en estas condiciones, un hombre á quien se hubiera quitado esta ilusión, *cui demptus*

per vim mentis gratissimus error, hubiera podido exclamar con razón: *Pol, me occidistis, amici.*

Tal vez supondrá el lector que al acusar á la atmósfera de ser la causa de su decaimiento, Kant veíase llevado á esta acusación por la debilidad de la vanidad, por cierta repugnancia á reconocer el hecho real, que se reducía á la declinación de sus facultades. Mas no era así. Dábase perfecta cuenta de su condición, y ya en el año 1799 dijo ante mí y algunos de sus amigos: «Señores, estoy viejo, debilitado y vuelvo á la infancia, y es preciso tratarme como niño.» O acaso se podría creer que retrocedía ante la idea de la muerte, acontecimiento que todos los días podía sobrevenir, porque los dolores que sufría en la cabeza parecían ser una amenaza de apoplejía. Mas no era así tampoco. En aquella sazón vivía en estado de resignación continua, preparado para todo decreto de la Providencia. «Señores (dijo un día á sus amigos), no tengo miedo á la muerte. Solemnemente os juro, como si estuviera en presencia de Dios, que si esta noche misma recibiese de pronto la orden de muerte la escucharía con calma y, levantando mis manos al cielo, diría: ¡Bendito sea Dios! Ah, si

fuese posible que oyese entonces resonar este mumullo: Has vivido ochenta años, y en este tiempo has hecho mucho mal á los hombres..., el caso no sería el mismo.» Todo el que haya oído á Kant hablar de su muerte podrá atestiguar el tono de profunda sinceridad que en estos instantes engrandecía su acento y sus gestos.

Un tercer signo de la decadencia de sus facultades fué que perdió por aquel entonces toda medida exacta del tiempo. Un minuto, y aun sin exageración, un espacio de tiempo mucho más reducido, se prolongaba en su aprehensión de las cosas hasta una extensión fatigante. Puedo dar de ello un ejemplo curioso que constantemente se repetía. Al comenzar el último año de su vida tomó la costumbre de beber, después de cada comida, un taza de café, particularmente los días en que yo era invitado; y tal era la importancia que á este pequeño placer concedía, que de antemano tomaba nota en el *carnet* que yo le había dado de que comería con él al día siguiente y que, por tanto, tendría café. Sucedió á veces que el interés de la conversación le arrastraba más allá de la hora en que experimentaba la necesidad de su golosina, lo que no me disgustaba, por cuanto temía que el café, al cual

no estaba de antes acostumbrado, pudiese desvelarle. Pero si él no perdía de vista la hora, seguía una escena curiosa por demás. Era preciso darle el café «sobre el campo» (palabra que tenía constantemente en la boca durante los últimos días de su vida), «al segundo», y sus expresiones de impaciencia, todavía dulces conforme á su costumbre antigua, eran tan vivas no obstante y tenían tan pueril candidez, que ninguno de nosotros podía evitar el sonreír. Sabiendo lo que debía suceder, cuidaba yo de que, con anticipación, estuviesen hechos los preparativos. El café estaba molido, el agua hirviente, y en el momento mismo en que se pronunciaba la palabra sacramental, su doméstico partía como una flecha y echaba el café en el agua. No quedaba, pues, más que el tiempo de hacerle hervir; pero esta insignificante tardanza parecía insupportable á Kant. Vano era para él todo consuelo: por variada que se le presentase la fórmula, tenía una respuesta pronta. Si se le decía: «Querido profesor, se va á traer el café inmediatamente», «*se va!* (replicaba): he aquí lo grave, que *se va*. No se *tiene* la felicidad nunca, *se va* á tener.» Si otro exclamaba: «El café viene en seguida», «sí (respondía), y la hora próxima también; y

este será poco más ó menos el tiempo que yo lo habré esperado.» Después adoptaba un aire estoico, y añadía: «En fin, después de todo, hay que morir; sí, hay que morir, y en el otro mundo, á Dios gracias, no se beberá café, por consiguiente, no se le esperará.» Algunas veces se levantaba, abría la puerta y gritaba con voz débil como un quejido, como si recurriese á los últimos vestigios de humanidad de sus semejantes: «¡Café, café!» Y cuando al cabo oía los pasos del doméstico en la escalera, se volvía hacia nosotros y, gozoso como un vigía en el puente de un barco, clamaba: «¡Tierra, tierra, amigos míos! ¡Veo tierra!»

Esta declinación de las facultades de Kant, activas y pasivas, trajo poco á poco una revolución en sus costumbres. Hasta entonces, como queda dicho, se acostaba á las diez y se levantaba algo antes de las cinco, costumbre esta última que conservó, mas no mucho tiempo. En 1802 se retiraba á las nueve, y después aún más pronto. Hallóse tan reconfortado por este reposo adicional, que de primer intento estuvo á punto de gritar *εὐρηκα* como si hubiese hecho un gran descubrimiento en el arte de curar el agotamiento en el hombre. Empero más tarde, habiendo llevado la experiencia más lejos,

no encontró que el éxito respondiese á su esperanza. Sus paseos se limitaban ahora á alguna vuelta por el parque real, que estaba á poca distancia de su casa. Al fin de caminar con más firmeza, había adoptado un método particular de paso: daba con el pie en tierra, no hacia adelante y oblicuamente, sino perpendicularmente y golpeando en ella de manera que asegurase una base de sostén más amplia por el mero hecho de poner la planta entera de un golpe. A pesar de esta precaución, cayó una vez en la calle, siendo incapaz por completo de levantarse y teniendo que acudir en su ayuda dos jóvenes damas que paseaban por allí. Con su amabilidad habitual les dió las gracias calurosamente y presentó á una de ellas una rosa que tenía en la mano. Esta dama no conocía personalmente á Kant, mas quedó encantada del presente, y es fama que aun conserva la rosa como recuerdo de su pasajera entrevista con el gran filósofo.

Este accidente, á lo que se me alcanza, fué la causa de que renunciase en adelante á todo ejercicio. Todos sus trabajos, aun la lectura, se realizaban muy lentamente y con manifiesto esfuerzo, siendo impotente en absoluto para los que le obligaban á cierta actividad corporal. Sus pies cumplían cada

vez peor su oficio; caía continuamente, á veces al atravesar la cámara, y hasta cuando se mantenía inmóvil. No obstante, en sus caídas jamás se lastimaba y se reía de ellas sin cesar, afirmando que era imposible que se hiciera daño, á causa de la extremada ligereza de su persona, la cual estaba entonces reducida á no ser más que una simple sombra humana. Muchas veces, sobre todo por la mañana, se adormecía en su silla, por pura laxitud y agotamiento, sucediéndole entonces que caía sobre el piso, de donde le era imposible levantarse hasta que la casualidad conducía á uno de sus domésticos ó de sus amigos á la cámara. Más tarde se remediaron estas caídas dándole un sillón de brazos circulares que se unían por delante.

Estas bruscas modorras le exponían á otro peligro: el de que, al leer, cayese sin cesar su cabeza sobre las candelas, lo que hacía que sobre ella se inflamase el algodonado gorro de dormir que usaba. Cada vez que sobrevenía este incidente Kant se conducía con rara presencia de espíritu; sin cuidarse del dolor, cogía el gorro inflamado, lo tiraba de la cabeza, lo depositaba tranquilamente en tierra y extinguía las llamas bajo sus pies. Sin embargo, como este acto